

# LA MARAVILLOSA AVENTURA DE LAS COLONIZACIONES

## BAJO EL SIGNO DE EOLO

*Et de pronto viandra un vento  
que todo lo lleva.*

(Del libro de los gatos).

Odon de Cheriton

HERNANDO GAITAN L.

### *Portugal y el mar*

Siempre que pensamos en los hechos grandes y memorables realizados por hombres y mujeres, que por su noble empeño o por azar del caprichoso destino, los llevaron a feliz término, solemos, unas veces con el pensamiento y otras, llevados por un impulso irrefrenable, posar nuestra mirada sobre el lugar geográfico donde les fue asignado cumplir su papel histórico, bajo un inexorable determinismo económico, en un momento crucial de su existencia. Hoy, al ocuparnos de Portugal, no podemos menos de experimentar admiración y asombro, al contemplar el sitio tan estrecho que ocupa sobre el mapa de Europa y más exactamente en la Península Ibérica, allí precisamente en ese emplazamiento que en la antigüedad se llamó Lusitania, cuando Roma era todavía la señora del mundo. En aquellos tiempos, pueblos ya casi ignorados se habían establecido en la zona que bañan el Duero, el Miño y el Tajo, surcada por los contrafuertes graníticos de las cadenas de montañas ibéricas. Permanentes, casi inmutables, ellas con el tiempo fueron bautizadas con nombres sonoros: Sierra de la Estrella, Sierra de Marao y Sierra de Gorez, empinadas sobre costas

bajas, de clima suave y templado. Aquéllos hombres primitivos, que dejaron huellas imborrables allí y en otros lugares de Europa, fueron los celtas, posiblemente emparentados con los pueblos arios. Cuando ya dejaron de figurar en las referencias históricas, fue porque su nombre pasó a ser reemplazado por el de lusitanos. Esta región, conocida como Lusitania Septentrional, recibió el nombre de Portugal, originado seguramente en Porto, su capital, asentado en la desembocadura del Duero. Este nombre tendría la virtud de generalizarse y extenderse sobre todas las tierras que se fueron incorporando al pequeño Estado. Y cuando Porto u Oporto creció en importancia, gracias a la calidad de sus vinos, frutos y aceites principalmente, su nombre se mantendría activo en los mercados del mundo y en las mesas de los señores burgueses, al par que Portugal descendería de categoría entre los grandes de Europa. A la Portus Cale o Caleae de los romanos se atribuyen la navegación y el comercio a que dio lugar su emplazamiento en la desembocadura del Duero. En el cambiante mundo del siglo V de nuestra era, Lusitania fue invadida y sojuzgada por los alanos, que expulsaron por las armas los restos de las otroras poderosas legiones romanas. Estos invasores, desprendidos de la lejana Escandinavia, se mestizaron con los lusos, y dentro de un sistema político influido por las instituciones romanas, vivieron una tregua histórica que se prolongó hasta el 714, año en que a su turno fueron invadidos y también sojuzgados por musulmanes procedentes de Arabia y del septentrión africano.

Del norte de la Península Ibérica habría de generarse el comienzo de la resistencia contra los musulmanes, a través de un grupo cristiano que se mantuvo a toda costa en la región de Asturias, hasta convertirse en el reino de León, que poco a poco fue creciendo, merced a los territorios arrebatados, tras duro batallar, a las huestes musulimes. Así surgieron nuevamente a la vida Castilla, Galicia y el norte de Lusitania hasta el río Duero. Es a partir de don Alfonso VI cuando realmente se inicia la reconquista peninsular con el apoyo de algunos caballeros franceses, uno de los cuales, el príncipe Capeto, Enrique de Borgoña, recibió del rey en recompensa, la mano de su hija bastarda doña Teresa, así como el Condado de Portugal, allá por el año de 1090. Conocidos en demasía son los

hechos heroicos de la gesta emancipadora de españoles y lusitanos, hasta lograr la expulsión de los musulmanes, y por ello nos abstenemos de reproducirlos, y más bien proseguimos hasta desembocar en el siglo XIV, cuando se inicia una de las más notables realizaciones de la humanidad en los tiempos modernos, el descubrimiento del mundo ignorado hasta entonces, por los españoles y portugueses, o más propiamente hablando, por los portugueses y los españoles.

Este pueblo portugués, de vocación marítima por su peculiar situación geográfica; estrechamente retenido al este por su frontera continental con España; enfrentado en toda su longitud con un mar desconocido, cargado de leyendas; descendiente de pueblos belicosos y errabundos; de reconocido temperamento guerrero; ambicioso y comerciante tradicional, estaba destinado inevitablemente a buscar sobre las aguas una respuesta a sus anhelos de expansión. Para los lusitanos era como un imperativo mandato, buscar rutas comerciales para alejarse de sus rivales del Mediterráneo. Para ellos, como para los griegos y fenicios, el mar los atraía y los incitaba a buscar la aventura y el prodigioso encanto de las cosas nuevas y extrañas. Pero tras estos incentivos sólo podría empeñarse un pueblo que dispusiera de un poderío marítimo, que alcanzara ese rango, esa thalassocracia que confiere la facultad de sentirse fuerte y de ejercer el dominio de los mares y con ello hacerse al comercio de su tiempo, de su momento histórico. En su favor militaba esa convicción que permite emprender una cruzada. ¿Acaso, para señorear las rutas del Atlántico no se hallaban en mejor posición que sus rivales? De esta inquebrantable confianza nació la idea de contornear la costa del Africa. Sin embargo, por algún tiempo las imaginaciones y fantasías que turbaron la mente de los antiguos y también de los hombres del Medioevo, sobre la existencia de ríos de fuego, de una cortina ardiente que hacía hervir las monstruosas olas, los retenía asidos a la tierra. Pero por sobre estas oscuras y fabulosas leyendas prevalecieron sus móviles militares y estratégicos. Vivo en su mente estaba aún el recuerdo del yugo del islam, y sólo podrían descartarlo y para siempre, ocupando posiciones que les hiciera invulnerables a nuevas embestidas aventureras. Por eso empezaron por ocupar Ceuta y Arzila sobre la costa marroquí y avasallar a Tanger. Africa los tenta-

ba y alimentaba su imaginación con la leyenda del Preste Juan, el soberano cristiano vencido por los temibles tártaros. En pos de esta hermosa fantasía que muchos europeos creyeron cierta, se lanzarían los portugueses y tras ella descubrirían otros mundos.

Para 1488 tenían derecho a alimentar grandes esperanzas, pues el Papa les había otorgado soberanía sobre las tierras cuyo descubrimiento presintiesen. Además, había prohibido a las demás naciones europeas la navegación por las costas de Africa hasta Guinea. Con tantas posibilidades y garantías ellos serían seguramente los llamados a abrir el camino a las Indias Orientales, a las verdaderas Indias, pues aquellas contra las que chocaron Colón y los conquistadores en su ruta oceánica, no fueron más que un accidente o un mal entendido. Los lusos, como los antiguos argonautas, se entregarán confiados a Neptuno, el hijo de Saturno, a Eolo, hijo de Júpiter y al gigante Adamastor, personificación del Cabo de las Tormentas, que habría de llamarse más luego Cabo de la Buena Esperanza, una vez que Vasco de Gama desató el misterio.

#### *Bartolomé Díaz y otros pilotos lusitanos*

El año de 1487, cinco antes que Cristóbal Colón descubriera las costas, islas y archipiélagos que supuso pertenecían a la India, Bartolomé Díaz, costeano el Africa Meridional, avizó en medio de una tormenta un promontorio en la extrema punta del continente, por tantos años denominado "Tormentoso", pese a que Africa se halla, por decirlo así, a las puertas de Europa. Con su imaginación de marino lo bautizó, debido al mal tiempo reinante, como el Cabo de las Tormentas, que habría de trocarse más tarde, como ya dijimos, por el de Buena Esperanza, más a tono con las ambiciones de los portugueses, puestas en el camino de las Indias.

Con anterioridad, el famoso rey Enrique el Navegante, Gran Maestre de la Orden de Cristo y que escaló alto nombre en la historia por haber estimulado largas travesías marítimas, barruntó, por ciertos informes, que entre el Senegal y Marruecos se realizaba floreciente negocio de oro. Para alcanzar el mágico metal destacó una flota que logró doblar el Cabo

Bojador. Poco tiempo después, otro navegante, Don Fernández, completó el esfuerzo anterior en 1443, llegando a las Islas de Cabo Verde. A continuación, barcos portugueses pudieron penetrar sin mayor esfuerzo en la desembocadura del río Senegal, tras las huellas que dos mil años atrás dejara el navegante cartaginés Hannon, descubridor del Monte Camerón. Este hombre audaz, que cruzó las costas africanas en 570 años antes de Cristo, informó en Cartago a su regreso, que aterrizados por el fulgor nocturno producido por incendios de estepas y bosques, habían distinguido un fuego que parecía brillar en el mismo cielo sobre una montaña imponente que designaron como el Cerro de los Dioses. Así, después de transcurridos dos mil años, Don Fernández había vislumbrado nuevamente lo que tanto había impresionado al piloto cartaginés. Esta nueva visión ya cercana a los tiempos modernos, desvirtuó las leyendas del "Insoportable sol", del "mar hirviente" y de las "tierras ardientes". Se comprobó, con esta experiencia, que allí también podía florecer la vida, y que los hombres blancos podían vivir y trabajar a pesar de su tez clara.

Este Bartolomé Díaz, esperanzado en hallar en la India la respuesta a las ambiciones lusitanas de encontrar los mercados del oro, de las piedras preciosas, de las codiciadas especias y de los perfumes del misterioso oriente, partió tras Cabral, otro experto navegante, llamado a grandes descubrimientos, pero naufragó en abril de 1500 con su escuadra de cuatro embarcaciones, arrebatado por una tempestad desencadenada en las proximidades del célebre cabo descubierta por él en su expedición anterior. Pasó a la historia inmortalizándose como Vasco de Gama, en ese insigne monumento de Luis de Camoens, "Los Luciadadas", en que canta la epopeya nacional del pueblo portugués, desentrañando el tema de una tradición mitológica difundida entre los escritores del Renacimiento, según la cual Luso, hijo de Baco, habría conquistado el país que de él tomó su nombre de Lusitania.

Los portugueses, con esa desconfianza innata que en ellos despertaban sus vecinos ibéricos, siempre interpuestos entre ellos y Europa, al cerrarles todos los caminos terrestres de occidente, sentían cada día más intensa e imperativa la incitación del mar. Su invencible atracción los llevaría a convertirse

en los grandes ulisidas del mundo, como en su época lo habían sido fenicios y griegos. Las aguas y los vientos los conducirían en 1419 y 1420 al Archipiélago de Madeira; en 1427 a las Azores y en 1434 Gil Eanes doblaría por primera vez el Cabo Bojador. Así, uno tras otro, los nautas lusitanos irían descubriendo la costa occidental del Africa Negra. Hacia 1460 ya la habían recorrido hasta la Sierra Leona y descubierto parte de Cabo Verde. Su rey Juan II era un verdadero monarca del Renacimiento, que veneraban e interpretaban sus lobos de mar. Estos echaron siempre adelante, incansablemente, hasta llegar por fin al Golfo de Guinea y sus islas adyacentes. En su viaje hacia el sur, Diego Gao descubrió el Congo y reconoció todo el litoral de Angola.

Ya antes habíamos visto como Bartolomé Díaz había doblado en 1488 el Cabo de Buena Esperanza. Para ese entonces la escuela náutica portuguesa, una de las principales del mundo, atraía a hombres de varias naciones. Colón, el futuro descubridor de América, a donde ya habían hecho sus incursiones los vikingos, adelantó sus estudios en aquella famosa escuela. Pronto veremos cómo la expansión portuguesa llevó sus colores a lo largo de la costa occidental de Africa y una gran parte de la oriental, a las islas del Atlántico, a la India, a muchos otros puntos del lejano oriente y al inmenso Brasil que habría de perpetuar el nombre y la pujanza lusitanos hasta límites insospechados, por su capacidad de aprovechar los recursos inagotables de sus feraces tierras y de sus incontables corrientes de agua. Los portugueses —marinos, soldados, misioneros y comerciantes— se establecieron y difundieron la civilización europea y la religión cristiana. Es digno de observar, que desde aquellos casi remotos tiempos, las provincias ultramarinas de Portugal adquirieron ese carácter y ese espíritu propios de este gran pueblo peninsular.

### *La gesta gloriosa de Vasco de Gama*

La competencia y rivalidad con España por los mercados de ultramar, fue factor decisivo en el ánimo de los portugueses para hallar rutas más cortas que condujeran al Asia; que pudieran ser protegidas de cualquier eventualidad, y que al mismo tiempo permitieran con la debida seguridad, transpor-

tar a sus puertos las riquezas del legendario oriente. Para la realización de tamaña empresa se adoptaron todas las previsiones y gente de mar. Todo se preparó con la mayor exactitud y detalle. Por unánime consenso, el rey y sus asesores acordaron que Vasco de Gama sería el navegante que por su "formación profesional, espíritu emprendedor, abnegación, valor y energía", reunía las condiciones necesarias para conducir esta magna expedición. Y para justificar sus propósitos de expansión colonial, se apoyaron en la necesidad de constituir embajadas para representar sus intereses de intercambio comercial, en Abisinia y en el Africa Oriental, pero con sus miras puestas en Cananor, Calicut y Goa, una vez que se establecieran sus bases de operaciones.

Con el altruismo que siempre caracterizó sus actos, Bartolomé Díaz, se puso espontáneamente al servicio de la causa nacional, para apoyar y aconsejar a Vasco de Gama en el alistamiento de las naves y en la selección de las tripulaciones y de los productos que deberían intercambiar por el oro, las piedras preciosas, las especias de oriente. También accedió a acompañar a Vasco de Gama hasta las Islas Canarias, en donde lo reemplazaría uno de los pilotos que ya había doblado el Cabo de la Buena Esperanza.

Reconstruyendo el viaje sobre la carta de marear, vemos, como saliendo de Lisboa el 8 de junio de 1497, la escuadra que constaba de dos navíos de tres palos, el Rafael y el Gabriel de 120 y 100 toneladas respectivamente, una pequeña carabela y un barco de carga, avistó Santa Elena, pequeña isla del Atlántico Sur, el 18 de agosto. Allí, donde habría de pasar cautivo Napoleón sus últimos días, pernoctaron el tiempo suficiente para que los ciento cincuenta tripulantes se repusieran, antes de emprender el arduo trayecto que los separaba de su objetivo final. Apenas reavituallados con los escasos recursos de que pudieron disponer, levaron anclas y prosiguieron costeano hasta doblar el 20 de noviembre, plenos de júbilo y alborozo, con sonidos de trompetas y velas desplegadas, el anhelado cabo. Al perderlo de vista penetraron en el mundo de lo desconocido, enrumbando hacia la costa oriental de Africa. El día de navidad pasaron por la Bahía de Delagoa a los 30º de latitud sur. Luego, enderezaron hacia el norte, cruzaron frente a la des-

embocadura del río Zambeze en la Bahía de Mozambique, lugar de reunión y centro del gran comercio árabe. Allí confluían embarcaciones de las más diversas regiones y anclaban los barcos procedentes de las Indias Orientales, el clavo y muchas otras cosas nobles de varias regiones de oriente y de occidente. Pero los portugueses estaban preocupados, no tanto por los objetos de arte y las especias, como por las informaciones que confiaban los llevaría a la fuente de las cosas preciosas, tan anheladas por los europeos. Allí les informaron, entre otras ideas que en la India desconocida y misteriosa, se recogían sin esfuerzo, cestas de perlas y gemas de la más rara belleza. Con estas informaciones, tan valiosas como las piedras finas y los ambicionados metales, levaron anclas y se hicieron a la mar rumbo a Mombasa y Melinde, donde reclutaron un piloto cristiano para proseguir su viaje hacia la India. Pero, antes de enrumbarse por el Océano Indico, Vasco juzgó oportuno que sus hombres disfrutaran de un descanso de varios días para reponerse del escorbuto que venía atormentándoles. Una vez que los hombres curaron de sus dolencias, impelidos por el monzón sudoeste que los llevó durante tres semanas, columbraron por fin las costas de la India, donde tomaron tierra el 26 de agosto de 1498.

Sobre este recorrido el insigne Camoens nos refiere con su clásico estilo de epopeya, los acontecimientos anteriores, desde la desembocadura del Tajo, el itinerario a lo largo de las Canarias, Cabo Verde, Sierra Leona y el Congo, por la extrema punta del Africa y luego siguiendo la costa oriental de este Continente, aventuras que el propio Vasco de Gama referirá al rey de Melinde. Ambos confieren lugar preferente a los fenómenos naturales, a los encuentros con los nativos en sus frecuentes desembarcos, al repugnante escorbuto que segó muchas vidas, precisamente allí donde por primera vez habían logrado noticias acerca de las tierras que iban buscando, en la desembocadura de un río que bautizaron con el nombre de Buenas Noticias. Bajo el influjo de una cruel melancolía, por causa de sus compañeros perdidos, arribaron a una isla que resultó ser Mozambique, y que como sus vecinas Sofala, Quiloa y Mombasa, se hallaban ocupadas por los musulmanes por ser escalas importantes de su comercio con Levante. Hacen mención de diminutas embarcaciones, largas y estrechas, con ve-

las de estera, guiadas por moros vestidos con abigarradas telas que les dejan el torso desnudo, armados de dagas y estiletes y tocados con turbantes, que zarpan a su encuentro haciendo sonar trompetas e invitándolos a detenerse. Ante estas demostraciones amigables los marineros exultan como si ahora debieran terminar sus fatigas, arrian las velas y echas las anclas. A su turno, el Almirante los acoge a bordo cordialmente y les brinda comida y vinos, mientras cambian informaciones. Con tan buenos auspicios la escuadra, embanderada y empavesada, recibe la visita del jeque. Cuando todo hacía prever relaciones muy cordiales en el futuro, fueron poco a poco incubando la traición y la emboscada, lo que forzó a los portugueses a tomar una acción drástica que culminó con el empleo de la artillería que incendió y destruyó las instalaciones costeras. Sólo así lograron escapar a nuevos engaños encubiertos y finalmente a ataques declarados antes de emprender su viaje hacia Melinde. Allí, el rey y sus gentes les brindaron benévola acogida el día de su llegada, que fue el de Pascua.

En su narración de viaje Vasco de Gama agrega algunas otras informaciones sobre las incidencias de este itinerario. Dice, que después de una navegación de veinte días, al divisar tierra vieron una gran montaña sobre la costa de la India, en el reino de Cananor. Siguiendo la costumbre de remunerar a los pilotos cuando divisaban tierra, se les hizo obsequio de batas de paño rojo y de algún dinero. Costeando, pasaron de una ciudad importante con casas de techo de paja, que resultó ser Cananor, capital del mismo reino, en la que pudieron observar gran movimiento de botes pesqueros. Con buena visibilidad que les dejó ver y sortear los arrecifes, navegando en conserva, apareció ante ellos la ciudad de Calicut. No bien hubieron fondeado, muchos hombres negros que iban desnudos, cubriendo apenas lo indispensable, se agolparon a su alrededor, profundamente maravillados de que los barcos tripulados por hombres blancos tuvieran tantas jarcias y velas, espectáculo hasta entonces nunca visto. Por un negro llamado Taibo se enteraron que el rey era persona muy principal, quizás el de mayor importancia de la costa de la India y por tanto, soberbio y vanidoso.

La gran hazaña de circunvalar el continente africano por vía marítima para llegar a la India, se había logrado o más

bien completado, "de la manera más feliz, por una ruta comercial que apenas tiene igual en la historia de la navegación y de la economía del mundo".

De su entrevista con el rey o samorín de Calcuta dice Vasco de Gama que ésta tuvo lugar en el palacio real, a donde fue conducido en una litera rodeada por hombres con espadas desenvainadas, por entre una multitud que se agolpaba alrededor de la pequeña escolta. Un miembro de la comitiva consignó que el rey estaba sentado en un sillón, desnudo y sólo cubierto de la cintura a las rodillas con telas blancas, terminadas en un cordón en el que estaba ensartados varios anillos de oro cuajados de rubíes de extraordinario grosor. En el brazo izquierdo, por sobre el codo, ostentaba un brazalete con tres anillos unidos entre sí, cuajados también de joyas, especialmente el centro, incrustado con piedras de gran valor. De éste pendía solitario, de gran tamaño, un diamante del grueso de un dedo pulgar, de valor inestimable. Al cuello, una cadena con dos vueltas de perlas, tan grandes como avellanas, que colgaban hasta la cintura. De su cuello pendía también una cadena larga de oro que sostenía una joya en forma de corazón, rodeada de perlas y cuajada de rubíes; en su centro una piedra como alubia gruesa, de valor también incalculable, llamada esmeralda. Todos estos bellos y raros objetos pertenecían al antiguo tesoro de los reyes de Calicut. Su cabello, largo y negro, peinado también hacia arriba, sobre la coronilla, estaba sostenido por una cadena tejida de perlas, a cuyo extremo una, piriforme, mayor que las otras, lucía su extraordinaria pureza inmaculada. De sus orejas, perforadas con grandes agujeros, colgaban pendientes de oro guarnecidos de perlas. Al lado de esta enjoyada figura, un paje vestido de seda, sostenía un parasol con galón de oro, joyas y un botón en el centro del mismo metal, de un palmo de ancho cuyas varillas eran también de oro. En su diestra sostenía, desenvainada, una espada de una vara de largo, con empuñadura de oro y piedras preciosas con colgantes de perlas. Para que su majestad escupiera, otro paje sostenía una escudilla panzuda de oro. Al lado del sillón real, un dignatario Brahman, pasaba de vez en cuando al rey una hoja verde, en la cual había envueltas ciertas sustancias. Después de masticarlas el soberano, una vez que había saboreado plenamente el jugo de la hoja

con mezcla de cal viva y otros ingredientes desmenuzados, el soberano escupía en la escudilla que llamaban greca. El jugo de este conjunto de cosas pone la boca y los dientes del soberano de color rojo resplandeciente y produce al mismo tiempo un aliento muy agradable.

Después de una permanencia de setenta y cinco días, una vez obtenidas las informaciones y hechos los contactos comerciales que entraban en sus planes, establecieron una factoría para el intercambio de mercancías europeas por especias de oriente. En seguida, la flotilla abandonó el puerto y emprendió el viaje de regreso. El 18 de septiembre de 1499 se hallaban de nuevo en Lisboa.

Antes de registrar la recepción de que fueron objeto a su llegada, vale consignar lo que relata Camoens sobre el recorrido que hizo la flotilla de Melinde a Calicut: "La expedición se hace nuevamente a la mar, guiada esta vez por un fiel piloto de Melide. De pronto se levanta el viento y aparece una nube negra en el horizonte; apenas el prudente *nostramo* ha ordenado arriar los trinquetes, sobreviene la tempestad, destroza las velas, rompe los mástiles e inunda las naves, que bailan como barquichuelos, ora levantadas sobre las crestas de las olas inmensas, ora precipitadas a las entrañas de los abismos submarinos, entre espantosos relámpagos y horribles truenos. Pero es la última etapa antes de llegar a la meta; por la mañana amaina el viento, el océano se calma y el piloto anuncia la costa de Calicut, la mayor de las ciudades de Malabar, en la suspirada India buscada con tan obstinado esfuerzo y tanta fatiga".

Ahora si, reanudando la relación anterior, dice el comentarista que a los intrépidos marinos se les deparó un grandioso recibimiento, y que el rey concedió a Vasco de Gama como recompensa a sus valiosos servicios, el derecho de importar cada año por valor de doscientos cruzados de canela de Cananor, por ser el primer país de la costa india con el que se establecieron relaciones. El beneficiado podía hacer transportar a su patria este artículo en cualquier nave, sin gastos de flete y otras expensas. Asimismo el rey remuneró con largueza a Vasco de Gama, a sus oficiales, a la tripulación de sus navíos y a los herederos de los que habían sucumbido durante el

viaje, por enfermedades u otros accidentes. Pese a que con posterioridad realizó dos viajes más a la India, ninguno aventajó con mucho al primero, que había constituido acontecimiento de incalculable importancia para las relaciones entre Europa y Asia. Camoens lo celebró en las *Luciadas* con las siguientes estrofas:

“Ya daba la luz clara en los oteros  
Por donde Canges suena murmurando,  
Cuando pudieron ver los marineros  
La tierra a donde se iban acercando:  
Libre ya de borrasca y mares fieros  
Dijo el piloto con contento extraño;  
Allí está Calicut si no me engaño”.

“El país que buscaís, ése es (les dijo):  
La India es esa tierra que aparece;  
Vuestro viaje tan largo y tan prolijo  
En esas costas que ahí miráis fenece”.

“No pudo contener su regocijo  
Gama, al ver cómo Dios le favorece;  
Póstrase en tierra y con piadoso celo  
Comienza a bendecir el alto cielo”.

### *Fernando Pinto el Caballero de la aventura*

Ya hemos visto como de la conjunción de una serie de factores, tales como la situación geográfica de Portugal, la iniciativa de sus monarcas, el determinismo económico, la abnegación, el valor y las aptitudes náuticas de sus hombres, y en grado muy digno de tenerse en cuenta, el ideal religioso de

un país profundamente creyente, se gestaron acontecimientos trascendentales en el discurrir de los hechos históricos de los siglos XIV y XV, que habrían de afectar substancialmente la vida y el destino de cuatro continentes. Apreciamos también como las empresas cumplidas se proyectaron y se llevaron casi todas a feliz término con tan escasos recursos materiales y humanos, que los hechos parecen revestirse de cierto carácter fabuloso y providencial, como al efecto lo idealizó Camoens, al relatar en forma de epopeya "las gestas gloriosas de los soberanos que fueron dilatando la fe y el reino y devastando las tierras infieles de Africa y Asia". Sobre este poema de los Luciadadas, el alemán Schlegel hizo en sus comentarios bella acotación: "Exhala un vivo y embragador perfume este poema ideado bajo el cielo de la India y lleno de esplendor meridional". Y el italiano Groce, al juzgarlo, hace entre otras, las siguientes apreciaciones: "Como fuerza de poesía, en verdad, no valen mucho; pero son el mayor poema heroico moderno y de todos los tiempos". Lo anterior nos revela de prolongar nuestros comentarios sobre este tema noble y apasionante.

Hasta aquí la gran aventura colonizadora de los lusitanos se ha circunscrito a hombres y acontecimientos demasiado conocidos en la historia. Si no hemos mencionado a Fernando de Magallanes, es porque sus grandes hechos los cumplió casi todos al servicio de España, que no es por hoy la finalidad de nuestro ensayo. Y si tampoco nos ocupamos de Diego López de Sequeira, de Alfonso de Albuquerque, de Alvarez de Cabral y de muchos otros navegantes ilustres, es porque el tema se alargaría demasiado. Es por ello que preferimos relatar las extraordinarias aventuras de un hombre que puede considerarse único y especial en las grandes gestas colonizadoras de los portugueses. Este hombre extraordinario fue Fernando Pinto, de quien hablaremos un poco más adelante.

Otro aspecto que refleja bien a las claras el espíritu resuelto y emprendedor de los portugueses, no es otro que su modo de actuar en una época en que los rumores que se propalaban en los distintos medios relacionados con el comercio y los mercados locales y ultramarinos, constituían las únicas fuentes para emprender las travesías marítimas, pese a la incertidumbre y a los riesgos de fracasar en la empresa descubridora. Pues bien, Portugal tuvo siempre la virtud de correr

este albur sin detenerse a pensar en las consecuencias económicas que pudieran derivarse de esta clase de informaciones, surgidas en las tabernas y lugares de distracción, en los puertos a bordo de las embarcaciones. Un caso, elegido al azar, corrobora nuestras apreciaciones anteriores. Basándose en noticias, por cierto muy precarias, no tardó en equipar una flota para hallar las islas "Maluco y Banda", que se confió al navegante Serrano, uno de los tantos hombres de mar ansioso de aventura y de bienes de fortuna. Su audacia y su fe inquebrantable en el destino, lo llevó por los caminos del mar hasta dar con las anheladas regiones en que soñaba el monarca y sus asesores náuticos. Cumplió su propósito y llegó a lugares que hasta entonces sólo figuraban en el plano de la fantasía. Dio comienzo a su empresa cuando alcanzó las Molucas o Malucas, de nombres raros en lo porvenir en el archipiélago de la Malasia: Gilolo o Halmahera, Ceram, Buru y Amboima. Hasta allí la suerte que le había acompañado terminó por traicionarlo. Murió en su empresa antes que la flota expedicionaria regresara a su patria con la feliz noticia. Escribió notables cartas sobre las teorías que tenía de algunas regiones que serían descubiertas algún tiempo después de su muerte. La lectura de algunas permitió a Magallanes conocimientos que habrían de tener honda influencia en la historia del descubrimiento de Asia.

Hasta el año de 1514 las tentativas por llegar a este continente habían sido infructuosas. Bien es cierto que Fernando Pérez de Andrade había estado costeano cerca a la China sin resultados positivos porque se le prohibió desembarcar y hubo de desistir en su propósito durante cuatro años, hasta cuando por fin una flotilla de cuatro barcos portugueses y cuatro malayos abordó las islas situadas en la desembocadura del río de las Perlas (Tso-Kiang). Pero de allí no pudo pasar en su intentona de alcanzar Catón, debido a los infranqueables que le opusieron los piratas que infestaban una vasta zona cerca del continente. Esta oportunidad parecía reservada a Fernando Pinto. Este, que había leído cuidadosamente los escritos acerca del Japón y se había enterado minuciosamente de lo que sobre este ignoto país había consignado Marco Polo, en sus crónicas de viaje y las referencias de los chinos sobre un imperio insular llamado Jipencuo, contra el cual habían

fracasado los intentos de invasión del gran emperador mogol Kubilai-Khan, conquistador de la China, no desesperó en su intento de llegar a estas tierras. De este vocablo Jipencuo, Imperio del Sol Naciente, por error o mala pronunciación, habría de salir la palabra Japón y eternizarse en la historia.

Este Fernando Pinto, a quien ya hemos perfilado como un personaje extraño y poco común en la historia náutica de Portugal, es en verdad digno de considerarse con cierto detenimiento, pues no sólo fue navegante sino auténtico aventurero, en la acepción amplia del vocablo. Para él obraban como estímulo y acicate, las grandes obras de sus antecesores. Ellos, en un tiempo relativamente corto, habían desafiado y vencido al Atlántico, en sus pequeñas embarcaciones, lanzándose a merced de los vientos traicioneros y de las embravecidas olas, viviendo de experiencia en experiencia, como si el mar fuera su elemento y la razón de su existencia. Con el innato atrevimiento que acompañó todos sus actos, conquistaron la isla de Madera y ocuparon Cabo Verde y las costas de Guinea. Pusieron sus plantas en la India y alcanzaron la China Milenaria. En Goa fundaron la Roma de la India y Albuquerque echó los fundamentos para que naciera y se forjara un gigantesco imperio oriental. Era una obra para gigantes acometida por pigmeos. Fue después de tan grandes hazañas y portentosas realizaciones cuando surgió Pinto, ansioso de compartir la gloria y de realizar una aventura que diera que hablar a las gentes de su tiempo y a los cronistas que iban hilvanando los grandes hechos de los siglos de descubrimientos e inventos, que transformarían el pensamiento y la vida del mundo conocido. Llevado por su espíritu temerario y su voluntad de encontrar tierras, seres y cosas nunca antes conocidas, y dotado de condiciones que atraían, seducían y despertaban en los demás hombres ansias de compartir empresas, recorre todos aquellos lugares accesibles a los europeos sobre la vasta zona costanera que apenas descubrieron o intuyeron sus heroicos predecesores. Unas veces comercia, otras combate y se abre paso a filo de espada en busca de sustento. Sus compañeros ponen en él su confianza y le siguen en pos de nuevas aventuras, porque están convencidos de que es insensible al miedo y a los peligros y porque es y será siempre el primero en lanzarse a la refriega sin reparar si los demás le

siguen. Impertérrito, insensible al hambre, al calor y el frío, ansioso de gloria, sin amor propio y sin apego a los honores y a las distinciones, es según Wilhem Treue, uno de los verdaderos precursores del descubrimiento de la tierra. Si no encuentra compañeros que le secunden, porque han perecido, se han ausentado, han caído prisioneros o han resuelto arraigarse en alguna de las fundaciones y factorías que van jalando el imperio portugués que imaginó y moldeó Albuquerque, recorre solo el país hasta que topa con gentes o cuadrillas compenetradas con sus ideas y sentimientos. Pero de tanto afrontar peligros y situaciones que más parecen novelas que hechos reales, cae por fin en manos de una temible cuadrilla de piratas chinos, que en vez de darle muerte o exigir rescate, encuentran en su genio aventurero motivos suficientes para acogerlo como valioso elemento por sus experiencias y conocimientos náuticos. Pero lo más extraordinario es que él mismo se sintió cómodo con tan extraños asociados. En su compañía se abrió paso entre escollos y borrascas, "en lucha con pacíficos mercaderes o con piratas competidores, herida tras herida, naufragio tras naufragio hasta localizar y concretar una ruta que habría de conducir a los portugueses al Japón. Así, tras una vida novelesca, vibrante de emociones y de actos casi inverosímiles, marchando en zigzag por tierra y por mar, unas veces hacia adelante y otras hacia atrás, con premura o con lentitud, o con permanencias largas en ciertos lugares, en compañía de hombres que causan más sorpresa y simpatía que temor, pese a su condición de aventureros muy poco recomendables, no perdió jamás su idea y su alta ambición de alcanzar el Imperio del Sol Naciente, para ofrecer tan preciada conquista de una ruta mercantil a la monarquía y al pueblo lusitanos.

De su pluma encontramos una reseña de la culminación de su empresa, frente a una cuadrilla de piratas que le acompañaron decidida y lealmente hasta su objetivo final: "Transcurrieron unos veintitrés días hasta que por fin divisamos tierra y nos dirigimos en seguida a un puerto o desembarcadero. Hacia el sur observamos una gran hoguera y conjeturamos que no lejos debía haber un poblado. Echamos anclas en este lugar y vimos en el acto dos pequeñas armadías o barquitos con seis hombres que venían hacia nosotros y nos preguntaron de

dónde veníamos, a los cuales contestamos que de China con mercancías para hacer negocios si se nos permitía. Uno de los seis hombres contestó que el Nautaquin, como soberano de aquella isla de Tanixuma, no tendría inconveniente en ello si estábamos dispuestos a satisfacer los derechos usuales a los japoneses a quienes pertenece aquel país. Nos alegramos mucho de ellos; levantamos anclas y recibida la contestación dimos la vuelta y nos dirigimos al puerto de la ciudad de Miyagima, saliéndonos en seguida al encuentro muchos barcos o pequeñas navecillas con toda clase de comestibles frescos”.

Abreviando la relación de Pinto, cabe consignar que nunca después, en el transcurso de los siglos, ningún europeo pudo disfrutar de una acogida semejante, pues en plena libertad se pasearon libremente y lograron conocer la vida de estas gentes, acogedoras y generosamente espontáneas. La personalidad de los visitantes agradó a los naturales y la noticia de su buen comportamiento llegó a oídos del soberano quién no quiso privarse del placer de conocerlos. Sus emisarios fueron portadores de una invitación para que los extranjeros visitaran la corte, así como del dinero necesario para los gastos de viaje. Comprendiendo la importancia de esta oportunidad, después de breve consejo con sus compañeros, éstos designaron a Pinto sin vacilar, como su representante ante el monarca. Partió en compañía del emisario en una embarcación a remo que ellos llamaban funce hacia el puerto de Hiamango; de allí se dirigieron con viento favorable a un hermoso lugar conocido como Tanira y al día siguiente a Miorato de donde salieron para Fiunga, y así llegar finalmente al castillo real en Usquy, a seis millas de la ciudad capital.

Llevado a presencia del emperador, quien se hallaba rodeado de todo el personal de su corte y previo el ceremonial de ritual, Pinto no pudo menos de experimentar cierto desconcierto que no pasó inadvertido al monarca. Este, con el florido lenguaje que desde épocas remotísimas ha testimoniado el oriente, saludó afablemente al lusitano con estas palabras: “Tu llegada a mi país es para mí tan grata como la lluvia del cielo para el campo sembrado de arroz”. En medio de cumplidos de parte y parte, en que Pinto salió muy bien librado, gracias a su gran versatilidad, prosiguió el largo diálogo, hasta llegar a tal plano de cordialidad que su majestad consultó a

Pinto sobre la inapetencia en las comidas y sus fuertes dolores reumáticos que lo tenían reducido al lecho. El portugués que conocía los efectos del escorbuto y había aprendido con los piratas chinos el empleo de diversas clases de drogas para tratar el reumatismo articular, le aconsejó experimentar con una madera especial, que puesta al agua tenía la virtud de curar enfermedades mucho más graves que la que afectaba al soberano. Así, en su propósito de granjearse la confianza de éste y de sus cortesanos propuso que se trajera la madera de Tonixuma y que le fuera suministrado al paciente este preparado durante treinta días, al cabo de los cuales se recuperó de la cruel dolencia que venía padeciendo. Para testimoniar a Pinto su agradecimiento, lo invitó a permanecer a su lado con estas palabras: "Te ruego que no temas quedarte conmigo, pues te aprecio y quiero hablarte".

La vida del portugués transcurrió agradablemente al lado del rey, la reina, los principales y los grandes señores de la corte, en medio de partidas de caza, fiestas, paseos y revistas militares.

Pero llegó por fin el día en que se agotó la paciencia de los piratas, quienes le exigieron que regresara, pues estaban ansiosos de hacerse nuevamente a la mar para reanudar sus aventuras. Con gran sentimiento se despidió de la familia real y de todos sus amigos para regresar a la costa, informar sobre sus gestiones ante el emperador y preparar su viaje de regreso a Lisboa.

Sus memorias y la reseña que escribió dirigida al rey de Portugal, serían de incalculable valor para las relaciones comerciales futuras entre estos dos mundos tan distantes y tan distintos. Años más tarde, alguien al repasar los anales japoneses, halló consignada en los mismos la siguiente anotación sobre la visita de Fernando Pinto y sus compañeros de expedición: "Aquel día arribó un barco extranjero a la isla de Tane-gaschina en la región de Nisimura cerca de Koura. Los tripulantes, unas cien personas, tenían un aspecto extraño. Su lenguaje es incomprensible y su procedencia desconocida. A bordo se encuentra un chino llamado Gohou que conoce la escritura y por él se ha averiguado que es un barco de Nanban (de Europa). El 26 del mismo mes fue conducida esta embarcación a la

parte noreste de esta isla, al puerto de Akaoka, y Tokitaka, comandante de Tan-egas de intérprete, sirviéndose de caracteres chinos. A bordo del barco de Nanban se encuentran dos comandantes que llevan consigo armas de fuego y enseñan a los japoneses su manejo y la fabricación de la pólvora”.

Para los japoneses esta visita debió parecerles tan importante, que un retrato de Pinto fue colocado por orden del emperador en su regia galería particular.

Los portugueses, a su turno, incorporaron en la historia de sus colonizaciones el relato de este célebre viaje, en que el gran aventurero hizo de pirata, esclavo, soldado y embajador oficioso ante el emperador del Japón

### *La imagen del imperio*

Bien vale, de regreso al pasado, en este caso a los siglos XIV y XV, imaginar por un momento el esfuerzo que representaría para el diminuto estado que en esa época no alcanzaba en su área metropolitana la extensión de 96.016 kms<sup>2</sup>, conque cuenta actualmente, jugar un papel tan trascendental en la historia del mundo. Y si imaginamos también su población de entonces, que hoy se eleva apenas a cerca de diez millones en la Península Ibérica e Islas adyacentes, más aumenta nuestra admiración por el pequeño Portugal. Si continuamos nuestra apreciación, cabe agregar, que el mapa nos permite apreciar otros aspectos de sumo interés, que no deben pasar inadvertidos. En efecto, vemos nítidamente, que su ubicación geográfica en el extremo occidental de Europa, lo convierte en el país europeo más cercano de América y también al África. Esta observación nos lleva a pensar que este hecho implica en buena parte el curso de su historia y el papel que ha desempeñado en el mundo. Y al posar inevitablemente nuestra vista en el mar, comprendemos también que él ha sido su salvación y el determinante de su supervivencia. El, al permitirle comerciar, fortalecerse económicamente y recibir oportunos socorros de sus naturales aliados, los ingleses, ha preservado su libertad, y así los dos, el océano y los lusos, se integraron para siempre en la historia. Desde su mundo continental, tan restringido, han avizorado las distancias y soñado

siempre con ese imperio de las Indias, mágicas palabras, que les hablan de extensión y de horizontes interminables. Por ello, armados con la Bula Papal que les otorga el oriente del mundo, llevan paso a paso el programa de alcanzar, ellos tan pobres, las incalculables riquezas de la India. Para colmar sus aspiraciones sólo dos obstáculos se oponen y frenan por algún tiempo la ejecución de sus planes: Venecia y los árabes. Pero viéndolo bien, la primera no constituye un adversario poderoso; el dominio de las Indias sólo puede obtenerse a costa de grandes gastos y Venecia es tan sólo una ciudad de potentes flotas y de activo comercio, que no cuenta con los recursos humanos suficientes para lanzarse a la aventura de conquistar tan vastos territorios. Ella sólo puede mantener escalas para garantizar su tráfico marítimo, pero no grandes contingentes militares para una cobertura territorial. Se puede, por tanto, descontar a Venecia. Pero los árabes son cosa distinta y lo han testimoniado por largo tiempo. Sin embargo, ya acusan el fatal cansancio de siglos de expansión y conquista de vastas zonas del mundo.

Se han mestizado demasiado por causa de su religión y han perdido las viejas virtudes que les inculcó Mahoma y que continuaron los grandes guerreros que recibieron su herencia. Es la ocasión de atacar a este adversario debilitado por los años, asegurar la exclusividad del comercio en el Océano Indico y aprovechar la oportunidad de "salvar almas paganas".

Connaturalizados con esta idea que ha invadido por igual, desde el monarca hasta el último de los lusitanos, llega el momento en que ya nada hace falta para emprender la cruzada de las especias y de las riquezas de oriente. Será una empresa que demandará el concurso de todas las fuerzas vivas de la nación. No participarán en ella ni intermediarios ni aventureros. Sólo al Estado le corresponderá asumir exclusivamente su responsabilidad y dirección. La aventura, porque no dejará de ser una aventura lo que se emprenderá en el período crucial del descubrimiento de la tierra, no estará a merced de intereses particulares. Cada uno de sus actos o episodios, sin perder ese sabor de lo incierto, de lo inesperado y de lo espectacular, tendrá sin embargo ese trasunto de frialdad que emana siempre del cálculo, de la preparación minuciosa y de los intereses económicos. Cada paso se ha medido cuidadosamente en todas

sus consecuencias, para no arriesgar los resultados. Así, comenzaron por jalonar de factorías la costa africana; doblaron a continuación el Cabo de Buena Esperanza; prosiguieron con la exploración de Momomatopa, Mozambique y Mombasa; marcharon hacia el este hasta alcanzar Calicut. Desde allí imaginaron ya percibir el perfume de las especias. A partir de este momento hay ya que entrar en acción, pues la exploración ha terminado. Para ello necesitan elevar al máximo el potencial de la flota. La concentración de las unidades a flote disponibles les confiere un poder de ataque con veintidós navíos completamente dotados. El primer ataque arrasó con los establecimientos árabes del Océano Indico y en su lugar se erigieron factorías en Cochín, sobre la costa de Malabar. Con estas operaciones se inició formalmente el imperio portugués en el Asia, que debió proseguir hasta eliminar a los árabes del tráfico de las Indias y consumar la exclusión de Venecia. A partir de estos hechos se pudo considerar el Océano Indico como un mar portugués, por el cual nadie osó navegar sin la autorización de Lisboa.

Todos los planes parecen dictados por una madura concepción de la realidad geográfica y del medio en que se va a operar. Se instalan factorías en el país de las especias y a todo lo largo del trayecto. Se escogen los mejores lugares en islotes y bahías abrigadas propicias al tráfico y a las escalas de aprovisionamiento. En cada uno de estos establecimientos se instala un fuerte, un almacén y un centro de trabajo, poblados con soldados, obreros y comerciantes. Los orientales, después de las experiencias iniciales parecen no inquietarse, y por el contrario todo esto les resulta provechoso en lo que atañe al comercio. Como siempre han estado bajo el mando y explotación sistemática de sus gobernantes, los nuevos amos les parecen comprensivos y menos injustos.

La marea portuguesa es incansable y sigue proyectándose sobre nuevas regiones. Se hacen fuertes en Delogoa, Sofala y Mozambique, en el Africa Oriental, en el sur de Madagascar y en la isla de Socotora a la entrada del Mar Rojo; en la isla de Ormuz, entrada al Golfo Pérsico, "piedra preciosa del anillo que rodea al mundo, y también en Moscate". Desde Diu y Damao dominan el tráfico de la India Septentrional; en Goa centro del comercio con la costa de Malabar y la India Central.

Y por lo que hace a la India Meridional, desde Conandor y Conchía tienen acceso a sus mercados y se instalan también en Ceilán frente al Golfo de Bengala.

Como finos sabuesos husmean ya el olor de las fragantes especias que crecen en los países y archipiélagos situados a Levante. Llegan a Siam en la desembocadura del río Mekong, y a Sumatra y a Java. Prosiguen rumbo a Malaca y de allí pasan a las Molucas y echan el ancla en Amboima.

Por fin han llegado al paraíso de las especias y ya acarician con sus manos ansiosas la pimienta, el clavo y el canelo. Pero aquí no acaba la historia. Sus barcos siguen buscando y un día llegan a Cantón, llave para lograr el comercio chino. En esta ocasión vienen en son de paz y negocian con los naturales. Se sobrepasan alguna vez y son expulsados lisa y llanamente por las autoridades del Emperador del Imperio Celeste. Pero tienen la virtud de la paciencia y regresan una y otra vez hasta que son tolerados. Encuentran que Macao resulta práctico, en la desembocadura del río Cantón. Para ser formalmente aceptados, convienen en pagar un arrendamiento fijado por los chinos y allí se quedan por tres siglos. Con todo, piensan que aún les queda el Japón. Hábilmente, como siempre hacen llegar sus enviados; unas veces como embajadores de buena voluntad, otras como náufragos. Logran por fin ser aceptados pero necesitan mayor acercamiento y bien saben que no será por el camino de las armas como en las Molucas, donde redujeron a javesas las instalaciones rivales. Como hombres de paz, se valieron de un hombre de paz y recogimiento, pero de gran persuasión y elocuencia, como que había militado al lado de Ignacio de Loyola. Este apostol es Francisco Javier, a quién los japoneses toman en principio como un renovador del budismo. A su benéfica sombra los comerciantes se instalan en Hirado y Nagasaki.

Con sólo un millón y medio de habitantes, el imperio creado por los portugueses sobre el agua, cubre millones de kilómetros de costas y millones de seres humanos, ajustándose a los contornos continentales que dominan sus naves: "en Africa, desde Madera y Santo Tomé, islas del azúcar, hasta Mozambique y Zanzíbar; en Asia desde Arabia al Japón". A Lisboa

afluyen las riquezas de oriente como en los sueños de las Mil y una Noches: "el polvo de oro, el duro marfil y el cacao de Guinea; el azúcar de Madera; los esclavos negros de Loanda; el clavo de Zanzíbar; el café de Mokal; las gomas de Arabia; los diamantes, las perlas y las piedras preciosas de la India; los chales y las lacas de Coromandel; el té de Ceilán; los cohetes de colores de Bengala; la pimienta de Malaca; la nuez moscada de Amoboima; la canela, el jenjibe y el pachulí de Macassar; la porcelana y la seda de China; y todas esas odorantes hierbas, esas drogas, esas tinturas y esos perfumes que prodigan las islas de los Aromas".

Y todo esto, a título de que? Pues de una ingenua Bula Pontificia y del temple acerado de un gran pueblo conquistador. Pero, por una cruel paradoja de un siglo mercantilista, un caballero portugués al servicio de España, ironía del destino, se encarga de contrariar la oficiosa voluntad de su Santidad. Don Fernando de Magallanes y don Juan Sebastián de Elcano, se encargan de comprobar que la tierra es realmente redonda. En su prodigioso navegar de tres años, en cinco navíos y con una dotación de doscientos treinta hombres le han dado por primera vez la vuelta al globo. Cuán difícil fue para los europeos realizar lo que había ocurrido. Muerto Magallanes, en un encuentro armado en Cebú, Juan Cebastián de Elcano en un solo navío, aprovecha su momento histórico. Emprende sin vacilar el terrible viaje de regreso; llega a Borneo; se desliza entre los archipiélagos; cruza el Océano Indico; dobla el Cabo de Buena Esperanza y reaparece por fin en España con dieciocho sobrevivientes, que parecen espectros salidos de los abismos del mar. Así, lo que su Santidad quiso zanjar sobre el Atlántico, se replantea en las antípodas, entre españoles y portugueses. Pero estos últimos que habían sido los primeros, se mantienen en sus posiciones después de corta guerra colonial. España renuncia a sus pretendidos derechos a cambio de trescientos cincuenta mil ducados de oro, para alimentar sus precarias existencias metálicas. Conserva, sin embargo, las islas de San Lázaro, que serían las Filipinas del mañana, y deja a los portugueses en paz para que disfruten del mundo maravilloso que han conquistado.

Es sólo entonces cuando Camoens puede cantar en sus poemas a "la pequeña nación lusitana, soberana cual ninguna otra, y al ardiente clavo de especias, adquirido al precio de la sangre portuguesa".

Ya para cerrar esta extraña y prodigiosa aventura, habremos de agregar que los portugueses lograron realizar el viejo sueño occidental de alcanzar un enlace directo entre el árbol de la canela y el especiero europeo. Esta había sido la punzante ambición de cruzados, genoveses y venecianos. El viejo y melenudo Eolo le enseñó a los lusos, que al comenzar la primavera, dejándose llevar por los vientos monzones de verano, las naves, partiendo de Lisboa cargadas de ilusiones, retornan al estuario del Tajo tras una ausencia de quince meses, cargadas con las maravillas de oriente.

#### BIBLIOGRAFIA

TREUS Wilhem, La Conquista de la tierra. Edit. Salvat.

SEDILLOT René, Historia de las Colonizaciones. Ayma S. A. Editora.

HERMANN Paul, Audacia y Heroísmo de los Descubrimientos. Editorial Labor, S. A.

VERNE Julio, Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros. Editorial Ramón Sopena.

DE CAMOENS Luis, Os Lusíadas Ediciones Ercilla.